

TOMISMO Y MARXISMO

POR EL

Rev. RICARDO FUENTES CASTELLANOS.

Aunque el auge de las pseudo "teologías" post-conciliares, como la llamada "Teología Política", "Teología de la Revolución", "Teología de la violencia", "Teología de la muerte de Dios", etc., por un lado, y luego por el otro las tentativas de ciertos intelectuales marxistas como Garaudy y Althusser de querer darles mayor aspecto filosófico al marxismo, se hace necesario impugnar ambas posiciones.

Como tanto las pseudo "teologías" post-conciliares como las interpretaciones filosóficas de Garaudy parten de una base diametralmente opuesta a la doctrina de Santo Tomás, por ese concepto sus conclusiones lógicamente tienen que ser erróneas.

Primero, por lo que a las pseudo "teologías post-conciliares" se refiere, tenemos que decir que no pueden ser consideradas como **TEOLOGIA** estrictamente hablando, en cuanto que la verdadera teología, la que consideramos "tradicional", siguiendo las enseñanzas de Santo Tomás y el magisterio de la Iglesia, es la que partiendo del dato revelado en las Sagradas Escrituras y mediante la aplicación de principios filosóficos, saca conclusiones explicativas del Dogma y la Moral. Desarrollado este cuerpo de doctrina principalmente a partir de San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, el Magisterio de la Iglesia a través de las declaraciones solemnes de los Romanos Pontífices desde el siglo XIII hasta nuestros días ininterrumpidamente ha proclamado su apoyo a la doctrina de Santo Tomás.

Las novísimas "teologías" se apartan fundamentalmente de la doctrina de Santo Tomás, desvían el objeto formal de ella que es DIOS considerado en sí mismo y sus relaciones con los hombres y concentran la atención sobre los problemas puramente humanos. Así

resulta el contrasentido de una pseudo-teología antropocéntrica y una religión horizontal.

El post-Concilio Vaticano II nos ha traído, como fruto amargo y pernicioso, la RELIGION DEL HOMBRE como centro y medida de todas las cosas en vez de ser considerado como criatura por participación, MEDIDO y no medida.

Rechazado DIOS como centro y objeto formal de la teología, principio y fin de todas las cosas, para los novísimos pseudo-teólogos post-conciliares, la Iglesia, la cristiandad y la sociedad civil dejan de ser un reflejo de la divinidad y se constituyen en "ens a se" (seres por sí mismos), de donde se sigue que el hombre es endiosado. Endiosado el hombre y la sociedad es lógico que se rechace todo concepto de autoridad superior, Jerarquía, Tradición, Autoridad familiar y docente, resultando de ahí que la democracia y el socialismo se convierten en panaceas universales arrastrando en su torbellino destructor a pueblos y naciones que en otrora fueron paladines de civilización y cultura.

Un caso muy significativo de esta "Locura de Europa" —como don Diego de Saavedra y Fajardo denominó a la infame "Paz de Westfalia", que puso fin a la guerra de los treinta años entre católicos y protestantes con el aniquilamiento de la influencia de los Hasburgos de Austria y España en beneficio de la racionalista Francia y la protestante Inglaterra— ha sido el de Portugal.

Como consecuencia de un golpe militar "democrático", maquinado y financiado desde el exterior, principalmente por los ingleses que desde tiempo inmemorial siempre han tenido mucha injerencia en ese país para mantener debilitada y dividida a la Península Ibérica —siempre la "pérfida Albión"—, Portugal deja de ser la avanzada de la civilización cristiana en Africa y pasa al "status" de colonia de los anglosajones y europeos.

En efecto, según informaciones de prensa procedentes de Lisboa, ahora resulta que los países africanos, "Tercer Mundistas", socialistas y europeos occidentales van a sacar a Portugal de su "atraso" y convertirle en próspera "Democracia" al estilo anglosajón.

Otro tanto ha sucedido en Grecia, donde como resultado de una mal discurrida intervención en Chipre para derrocar a Makarios, hom-

bre "paja" de la mafia izquierdista, la Junta Militar anti-comunista tiene que ceder ante la presión "democrática" permitiendo el retorno de los comunistas.

Si el torbellino o LOCURA democrática-socialista se ha apoderado del mundo, ello se debe, como decíamos antes, a que se ha abandonado la filosofía realista de Santo Tomás y se ha desviado en consecuencia el centro de Dios al HOMBRE.

Respecto del movimiento revolucionario tiene su origen no en el deseo de fundar una sociedad ordenada según leyes razonables, sino en el sueño de cambiar al mundo, dice el autor "tradicionalista" italiano, Piero Vasallo, en un artículo o estudio publicado en la revista *Il Conciliatore*.

El profesor Piero Vasallo, de Génova, es uno de los más conspicuos autores "tradicionalistas" italianos vinculado con la ASOCIACION DE LOS NATURALISTAS HISPANICOS "FELIPE II", que dirige el profesor de la Universidad de Sevilla, Francisco Elías de Tejada, presidente también del Instituto de Estudios Históricos y Políticos "Zumalacárregui", de tendencia "Carlista".

Efectivamente, dice Vasallo, la dimensión revolucionaria no es la ciencia política sino el mito cosmogónico, la fantasmagoría que espera a la generación de la generación de la "segunda realidad".

Trotsky ha revelado, mediante el uso de términos inequívocos, la prospectiva fantacósmica de la acción revolucionaria, o sea la tensión fundamental "hacia la comprensión, la transformación y el perfeccionamiento del universo".

Este designio apocalíptico eclipsa y sustituye el problema del Estado justo y pone por consiguiente al hombre en segundo plano con respecto al cosmos, a la totalidad impersonal. Es lo que Marx había afirmado explícitamente: el problema del Estado es instrumental con respecto al problema de purificar la totalidad.

Entre el tomismo o filosofía aristotélica-tomista y el marxismo existen profundas diferencias, y por lo cual hay un abismo insalvable entre éste y la pretensión de los teólogos modernistas de querer establecer cierta clase de "teología" como la llamada "Teología Política", de "liberación" de la "Revolución", de la "Muerte de Dios", etcétera, que en una u otra forma se aproximan al marxismo.

El marxismo por su parte, más que una doctrina o posición económico-social es ante todo una "concepción de vida", una WELTANSCHAUNG.

Por este motivo la división que se da hoy día, en esta era post-conciliar —que un autor católico norteamericano, Brent Bozell, director de la revista *Triumph*, de Washington D. C. dice que más bien debiera llamarse "era post-cristiana"— entre católicos "Tradicionalistas" y "Progresistas" obedece más que todo a las distintas posiciones con respecto a las ideas modernas anti-cristianas.

Para nosotros, los "Tradicionalistas", no puede darse una "coexistencia" o aproximación entre Cristo y Belial, entre la luz y las tinieblas, entre la concepción cristiana de la vida y la sociedad y las concepciones "modernas" de la Democracia, el liberalismo y el marxismo en todas sus variantes y aspectos, llámanse "Socialistas", "Social Demócratas" o "Comunistas".

Mientras que el tradicionalismo RECHAZA LA CONCEPCION del mundo moderno, el "Progresismo" rechaza la TRADICION y acepta el MODERNISMO en todos sus aspectos.

Respecto a la concepción marxista, Marx —dice el profesor Piero Vasallo— afirma en efecto que la imagen divina, causa del error humano y de toda su desarmonía cósmica, debe y puede ser destruida mediante la revolución comunista. De ahí que la revolución no sea para el comunismo sino la destrucción de la fe religiosa mediante el comunismo.

Ahora bien, estando identificada la fe religiosa con el mal, la revolución comunista equivale al fuego destructor de que hablan los apocalipsis de la herejía.

Marx escribe: "todas las formas y productos de la conciencia pueden ser eliminados no mediante la crítica intelectual, resolviéndola en la autoconciencia o transformándola en espíritu-fantasma o espectro, sino sólo mediante la destrucción práctica de las relaciones sociales, de las cuales estas fantasías ideales se derivan.

Por lo tanto, no es la crítica sino la revolución la fuerza motriz del mundo (Carlos Marx, *La ideología alemana*, pág. 34).

La revolución es, pues, la tentativa de realizar el apocalipsis como la muerte de Dios. No es el deseo de un modo humano conforme a la

justicia y la racionalidad, sino el deseo de un mundo perfecto, divinamente fundido en la piedra de la unidad eterna inconsciente.

Un mundo en el cual, destruido el mal, que es la fe en Dios y la conciencia personal, triunfará la beatitud de la materia triunfante.

Un mundo en que el alumbramiento e íncubo de la indefinido sería todo en todo y en todas las cosas.

En esta tensión hacia el apocalipsis oscuro consiste la contrariedad y la impotencia del pensamiento revolucionario.

Proyecta una segunda realidad: negando a Dios creador (afirmando así que el mundo nuevo es generado por el ateísmo como negación de la negación) significa, en efecto, el mundo tiene en sí la causa de su propio ser y, juntamente con esa causa, la causa de la propia caída en el mal y de la propia redención. Significa cerrar y maldecir pensamiento del círculo de la genealogía infinita de que habla San Pablo.

El concepto de generación circular usado por Marx en el tercer manuscrito de 1844 resuelve el problema que se refiere a la necesidad de la causa inacusada. Afirma, necesariamente, la eternidad del mal, pero no puede evadir la imposibilidad del mundo nuevo eterno.

El pensamiento revolucionario, dicho de otra manera, puede negar la existencia de Dios, pero acepta afirmar la eternidad del mal: si no existe un principio eterno el mal no puede ser considerado como una negación; debe ser considerado como una realidad inacusada.

Negado Dios es negada la redención. Es lo que Sartre ha comprendido con gran claridad en "être et la neant": la pasión de un humanismo ateo es una pasión inútil.

Ahora bien, la conciencia sartreana de la inutilidad no es otra cosa que la premisa para la llegada del pensamiento al nivel del mito de los grandes años cósmicos.

El apocalipsis ateo no es la tentativa de racionalizar (o desmitificar el misterio cristiano), sino exactamente lo contrario: la vía para transformar el misterio en visión angustiante.

Es la ilusión atroz que Nietzsche había anunciado como música del futuro: "esta vida, esta misma que tú vives y has visto, debes vivirla todavía una vez y un número infinito de veces y no será nada nuevo, no sucede nada más que en la naturaleza y todo dolor, plater y toda cosa

indeciblemente pequeña o grande te volverá y le seguirá todo lo del mismo orden”.

El término “libre pensamiento” tan caro a los profetas de toda revolución, revela su propio significado de pensamiento en libertad, actividad mental sin ley es, sin embargo, contraria al orden de las cosas que son.

Nietzsche, que conocía a fondo el lado inhumano de la fantasía revolucionaria, la ha juzgado mejor que ningún otro: si estos pensamientos se apoderan de ti, te harán otro y destruirán lo que eres”.

Esta es la finalidad revolucionaria: alterar la humanidad y estructurarla bajo el peso de los aforismos y las fábulas.

Marx ha impuesto como divisa revolucionaria la consigna paralizante e inhumana: “no preguntar, no interrogar”, con lo que rechaza o niega toda relación entre el pensamiento y la realidad y la envuelve en los lazos de la fantasía.

El pensamiento revolucionario quiere la puesta en paréntesis del realismo para instaurar el reino abyecto del sofista. Es la historia de toda revolución: el saqueo y el sometimiento del pueblo a la desesperación masiva sobre el que se alza, atroz y vano, al delirio del poder.

Porque el marxismo más que una doctrina económico-social es, ante todo y sobre todo, un concepto de vida, una WELTANSCHAUNG; por eso mismo, para que la oposición a él sea eficaz, ésta tiene que plantearse también en el plano superior del concepto cristiano de vida con todas sus implicaciones filosóficas y teológicas.

Establecida la lucha irreconciliable entre el concepto de vida marxista y el cristiano, es obvio que sólo el enfoque económico-social no basta para combatir al marxismo y por eso es que hasta el presente el marxismo continúa progresando en occidente.

Contrariamente a la posición “liberal” y “democrática” que se oponen débilmente al marxismo solamente en el aspecto económico-social, en cuanto a la supresión de la propiedad privada y de las libertades políticas, la posición “tradicionalista” o “contrarrevolucionaria” va más allá y plantea la lucha en el terreno filosófico y teológico. Puesto que la revolución en su desarrollo histórico a partir de la Reforma Luterana, Descartes y Rousseau —léase la obra de J. Ma-

ritain, *Tres reformadores* y *Antimoderne*—, se ha caracterizado más que todo por la destrucción del orden intelectual como lo había establecido la filosofía escolástica-tomista, el problema crucial de la contrarrevolución, dice el profesor Piero Vasallo, consiste en recuperar la racionabilidad, el intelecto fiel al real.

Como la consigna de la trampa revolucionaria “no preguntar, no interrogar”, es el germen de la tiranía, por su parte, el axioma del humilde realismo aristotélico: “considera que, no porque nosotros te consideremos blanco, tú tienes que ser blanco, sino por el contrario, por que tú eres blanco pensamos que es verdadero que nosotros te digamos blanco”, contiene enteramente el pensamiento contrarrevolucionario, o sea la respuesta al furor fantástico.

Encontrar el realismo quiere decir, efectivamente, encontrar el primado de la verdad sobre la fantasía y de la ley sobre el arbitrio humano: o sea superar la religión revolucionaria que es (como lo recuerda Garaudy) la afirmación del no ser.

Por lo demás, superada toda la filosofía a partir de Kant, la cultura de vanguardia hoy día es aquella que redescubre la PHILOSOFIA PERENNIS, Aristóteles y Santo Tomás “in primis”. Tanto que últimamente un autor como Armando Plebe ha tenido que afirmar la irrelevancia de los problemas planteados en la introducción de la crítica de la razón pura con respecto a los problemas planteados por la definición del silogismo.

He aquí pues los términos verdaderos del conflicto actual: de un lado la disolución del pensamiento y de la persona humana que pretende la imaginación (y la arrogancia) en el poder; por el otro lado, la contrarrevolución, que reprime el impulso imaginario exhibiendo o manifestando las irrefutables razones de la realidad.

Establecido el realismo de la filosofía del conocimiento según la doctrina de Aristóteles y Santo Tomás, de ahí el realismo político.

Por “realismo político” no se debe entender el oportunismo o la aceptación de un modo social corrompido al estilo del cinismo de un Maquiavelo, un Spinoza o un Hobbes y demás autores “modernos” que llevan ya sea a la Utopía, caso de Rousseau, el “padre de la democracia”, a la tiranía.

Ahora bien, el realismo político es el conocimiento y la acepta-

ción de la realidad, y también el deseo de adherirse en cuanto sea posible a la realidad de su propio ser: no al sueño sino a aquello que es pensable y realizable de lo que el mundo humano pueda inventar.

La racionalidad que niegue a la realidad el poder de ser mejor (no la perfección absoluta; realidad mejor) es una razón mutilada por el cinismo o por la falsa religión. O de las dos cosas.

El realismo ha refutado el sueño pseudo apocalíptico y la utopía. No es una vocación a la inmovilidad mencionada sino una visión de la mutabilidad de la creación (es Santo Tomás quien, siguiendo a Aristóteles, define la naturaleza como principio de cambio) de donde la posibilidad de cambiar al mundo para mejor.

La esperanza (el mundo mejor de la filosofía realística, según la enseñanza magistral de Pío XIII) es la vía sutil y difícil de la contrarrevolución: la vía de la libertad de los mitos, de la desesperación que fueron generados por el prejuicio irrealizante de la filosofía cautiva.

A los siete siglos de la muerte de Tomás de Aquino ésta no es la parte menor ni menos actual de su grande herencia, es su gran respuesta al eterno desafío de la tontería.

San Salvador, 6 de agosto de 1974.

LA GLORIA MUNDI

En este texto a la palabra "gloria" le corresponde en griego la palabra *δόξα*, que significa "opinión" y más exactamente "la opinión que los otros se forman de nosotros", según lo que se dice y según las apariencias. Siendo esto así, aquellos hombres que venden hasta el alma y su dignidad humana por la *gloria mundi* la venden por una cosa falsa y caduca. No basta. La opinión que los otros se forman de nosotros está formada, sobre todo hoy, por la propaganda o la publicidad. Ahora bien, la propaganda o la publicidad es, por definición, la única cosa *cuya verdad es la falsedad*, porque una propaganda que dijera la verdad sería una falsa propaganda. Al contrario, cuanto más falsa es ésta más verdadera es como propaganda. Por esta falsedad muchos hombres venden su alma y se venden ellos mismos a Satanás.

MICHELE FEDERICO SCIACCA.